

# Responsabilidad ética del investigador desde la perspectiva agustiniana

Enrique A. Eguiarte B.\*

*Illi in vos saeviant, qui nesciunt cum quo labore verum inveniatur,  
et quam difficile caveantur errores<sup>1</sup>.*

### Introducción

San Agustín ha pasado a la historia, entre otras cosas, por su afán denodado de buscar siempre la verdad. De este modo san Agustín se convierte en modelo y ejemplo para todos los investigadores, pues desde su juventud, después de la lectura del *Hortensius* de Cicerón, una obra protréptica que era una invitación al estudio de la Filosofía, san Agustín se enamora de la sabiduría, y se promete a sí mismo buscarla siempre y sin cesar.

Este libro contiene una exhortación suya a la filosofía, y se llama el *Hortensio*. Semejante libro cambió mis afectos y mudó hacia ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros. De repente apareció a mis ojos vil toda esperanza vana, y con increíble ardor de mi corazón suspiraba por la inmortalidad de la sabiduría, y comencé a levantarme para volver a ti<sup>2</sup>.

Con el paso de los años, san Agustín llegará a descubrir que la sabiduría tiene un nombre, Jesucristo (1 Cor 1, 24), y esto lo llevará a buscarla sin cesar hasta el final de su vida. Y en este empeño de búsqueda de la verdad y de la sabiduría

san Agustín perseverará hasta el último momento de su vida.

Por ello, llama la atención la oración que san Agustín nos ofrece al final de su gran tratado sobre la Trinidad el *De Trinitate*, una obra en cuya escritura san Agustín invirtió más de dos décadas, y que termina de escribir hacia el 420<sup>3</sup>, unos diez años antes de su muerte. En ella el Obispo de Hipona le pide a Dios no descanso y tranquilidad después de enorme esfuerzo que había implicado su obra, sino fuerza para la búsqueda. San Agustín, aunque está cerca ya del momento de su muerte, sabe que la vocación del investigador, del buscador auténtico de la verdad y de la sabiduría no termina nunca, por ello le pide a Dios la fuerza para poder seguir investigando y buscando la verdad, por eso dice:

Señor y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte; ansí siempre tu rostro con ardor. Dame fuerzas para la búsqueda, tú que hiciste te encontrara y me has dado esperanzas de un conocimiento más perfecto<sup>4</sup>.

\* Instituto de Agustinología OAR (Roma)

1. *c. ep. Man. 2.*
2. *conf. 3. 7.*
3. Cf. J. Anoz, «Cronología de la producción agustiniana». en *AVGVSTINVS* 47 (2002), p. 239.
4. *trin. 15,5 1.*

No obstante san Agustín sabe que la labor del investigador en la búsqueda de la verdad en todos los campos del saber es una labor ardua y difícil, por eso nos ofrece en la primera obra suya que conservamos, llamada *Contra Académicos*, escrita hacia el año 386<sup>5</sup>, una interesante imagen sobre lo que es la verdad. De este modo pone en labios de su querido amigo Alipio la comparación de la verdad con el dios Proteo. Proteo es un dios que aparece en el libro IV de la *Odisea* de Homero. Proteo vivía en la isla de Faros, frente a las costas de Egipto<sup>6</sup> y tenía dos características fundamentales. En primer lugar era el dios de las apariencias<sup>7</sup>.

De aquí, entre paréntesis, que algunos especialistas de la posmodernidad lo hayan escogido como el dios pagano protector del mundo posmoderno, que vive solo de la apariencias. Así pues, era el dios de las apariencias, pues podía cambiar de figura y forma para defenderse de sus enemigos. De este modo, si alguien lo intentaba apresar, se transformaba en león, en dragón, en fuego, y con ello provocaba el pánico de sus agresores, consiguiendo de esta forma verse libre de quienes querían privarlo de su libertad. Y en segundo lugar, el dios Proteo tenía el don de conocer las realidades del mundo terreno y celeste, y de revelarlas a quien pudiera sujetarlo y no soltarlo a pesar de los diversos cambios de forma y figura.

De hecho Menelao, dentro del relato de la *Odisea*, lo busca, y al descubrirlo tomando el sol en la playa junto con su rebaño de focas, lo sujeta junto con algunos de sus hombres que se habían disfrazado de focas<sup>8</sup>, con todas sus fuerzas y después de soportar con valor todos los cambios de figura que Proteo realiza para espantarlos, consigue su propósito, es decir, que Proteo le revele lo que él quería saber, es decir qué dios les impedía seguir el camino y cómo tenían que hacer para poder proseguir su camino de regreso a su patria<sup>9</sup>.

Así pues, volviendo al texto agustiniano, la verdad es como el dios Proteo, solo se va a revelar a quienes puedan soportar el duro trabajo de superar los escollos de las apariencias, de los engaños y del error, pues es cierto que en muchas ocasiones en la labor de la investigación, no es la verdad lo que se descubre, sino un elemento falso con apariencias de verdad, y solo quien verdaderamente se empeña en la búsqueda de la verdad, y puede superar las amenazas del error, de la comodidad, del conformarse con los primeros datos superficiales, puede realmente llegar a la verdad. San Agustín comenta este texto de la siguiente manera:

Pues aquel Proteo a quien acabas de evocar –y ¡con qué elevación de espíritu y fina intención en la mejor clase de filosofía!–, aquel Proteo, digo –y notad, jóvenes, que la filosofía no desdeña absolutamente a los poetas–, es traído como imagen de la verdad. En las ficciones poéticas, Proteo representa y sostiene el papel de la verdad, a la que nadie apresa si, engañado por falsas apariencias, deja o suelta los lazos para prenderlo. Porque son esas imágenes las que por nuestra costumbre de usar de las cosas corporales para las necesidades de nuestra vida, por ministerio de los sentidos, se esfuerzan en seducimos e ilusionamos, aun cuando se tiene y en cierto modo se toca la verdad con las manos<sup>10</sup>.

Así pues quisiera presentar ahora alguna de las características a través de las cuales se muestra y se vive la responsabilidad ética en la investigación, todo ello siguiendo el pensamiento agustiniano, que como hemos dicho, consagró su vida a la investigación de la verdad y de la sabiduría.

En primer lugar, para san Agustín el hecho de ser un investigador no es solo una ocupación o un oficio,

5. Cf. J. Anoz, «Cronología de la producción agustiniana», en *AVGVSTINVS* 47 (2002), p. 233.
6. Homero, *Odisea* IV, 498.
7. Homero, *Odisea* IV, 534.
8. Homero, *Odisea* IV, 585.
9. Homero, *Odisea* IV, 605 ss.
10. *Acad.* 3, 6. 13.

sino es una vocación. Quien emprende el camino de la investigación debe tener la responsabilidad ética de saberse llamado a una labor que implica ante todo una actitud vital, en donde quien realiza la investigación busca no solo contribuir al bien común con un nuevo descubrimiento, o acercamiento a la verdad, sino que ante todo, busca ser una mejor persona y crecer más por medio del camino de la investigación, pues la investigación nos debe llevar a encontrar verdades o parte de la gran Verdad que todos buscamos, pero este encuentro no puede nunca ser un punto final, aunque nuestras investigaciones particulares lo deban tener, sino que la búsqueda de la verdad se debe convertir en el investigador en una actitud vital. Buscar implica encontrar y el encuentro con algún aspecto de la verdad debe ponernos de nuevo en el camino de una nueva búsqueda.

Así lo señala san Agustín en un texto, donde hace lo que podríamos llamar la declaración de principios de su ser investigador de la verdad. Él buscaba con el deseo de encontrar, y encontraba con el deseo de seguir buscando con mayor ardor. Estas son las palabras de san Agustín:

Se le busca para que sea más dulce el hallazgo, se le encuentra para buscarle con más avidez<sup>11</sup>.

Por eso para san Agustín no habría nada más deleznable y reprochable que la actitud del investigador o del buscador de la verdad que se convierte en “buscador profesional”, es decir en aquel que está siempre buscando, pero que no se compromete nunca a dar un reporte o noticia de lo que ya ha encontrado, o del camino nuevo en el que está ahora investigando.



Discurso del Padre Enrique A. Eguiarte B. en conferencia inaugural del VI Encuentro de semilleros de investigación UNIAGUSTINIANA 2014.

Toda búsqueda auténtica de la verdad, según el pensamiento de san Agustín, debe llevar a una meta y esa meta a la vez, se convierte en un nuevo inicio de búsqueda y de investigación. El mejor ejemplo lo tenemos en la amplia obra de san Agustín, quien en cada una de ellas nos fue dejando el reporte de su investigación y cuando leemos la obra agustiniana de manera diacrónica, podemos percatarnos que los primeros puntos de llegada y las primeras conclusiones en sus obras más tempranas

se convierten en puntos de partida para sus obras posteriores.

En todo ello podemos ver una gran rectitud ética en el pensamiento agustiniano, pues hizo de su investigación y de su obra una continua profundización de los elementos que él mismo iba descubriendo. Por eso, dice san Agustín que según va escribiendo y estudiando va haciendo progresos, y que es preciso leer su obra de manera

11. *trin.* 15, 2.

diacrónica, pues él hace progresos mientras escribe, como él mismo nos lo dice en la carta 143:

Confieso que me esfuerzo por pertenecer al número de aquellos que escriben progresando y progresan escribiendo. Si he escrito con menos conocimiento o cautela, deslices que no solo pueden ver y reprender otros, sino también yo mismo, en la medida en que progreso, no hay que maravillarse ni lamentarlo. Basta con perdonarlo y congratularse, no porque era un error, sino porque se ha subsanado. Con demasiada perversidad se ama a sí mismo quien quiere que los otros yerren también para que su error no se descubra<sup>12</sup>.

Este continuo progreso en la investigación conlleva varias características y responsabilidades éticas. En primer lugar, el evitar la comodidad y los caminos más fáciles. Es decir, conformarnos en nuestra investigación con una serie de lugares comunes y realizar investigaciones superficiales, o bien, faltando a toda ética, copiar los resultados y los procesos de las investigaciones llevadas a cabo por otras personas. Hoy con el internet no solo existen personas que han obtenido incluso el doctorado, plagiando parte de otras tesis, como el caso de la ministra de Educación de Alemania, Anette Schavan, a quien la Universidad de Düsseldorf anuló el título de doctora en febrero del 2013 al descubrir su plagio, sino también hay personas que presentan como suyos los resultados de las investigaciones de otras personas.

Ante todo, la ética en la investigación exige evitar los plagios y los caminos cómodos. En tiempos de san Agustín no existía el internet, pero sí los plagios. Con ello podemos ver que la actitud de apropiarnos de las investigaciones y de los resultados obtenidos por otros es una constante en la historia de la humanidad.

Y en vista de estos plagios y de las obras pseudoepigráficas que empezaron a circular en tiempo de san Agustín, en donde o bien sus obras iban firmadas por otras personas,

o alguno hacía circular una obra propia como si fuera de san Agustín, el Obispo de Hipona se vio obligado a usar una especie de “Copyright”, un elemento que le diera a sus obras autenticidad, para evitar los plagios. Y para ello san Agustín se mandó hacer un anillo con el que sellaba sus obras<sup>13</sup> y las copias que se hacían de las mismas en su propio monasterio de Hipona, para evitar posibles plagios u obras pseudoepigráficas.

Así pues, la ética exige una gran probidad, una gran honradez, sabiendo que la labor de la investigación no es fácil, y que exige un gran esfuerzo, disciplina, constancia, método y amor a la verdad en quien investiga. Por eso san Agustín, hablando de los herejes maniqueos, después de haber hecho una fuerte crítica a su sistema se muestra comprensivo pues él bien sabe que es difícil llegar a descubrir la verdad, que es una labor ardua, y por ello, no es cruel con ellos, pues sabe lo difícil que es poder llegar a la verdad:

Sean crueles con vosotros quienes ignoran con cuánta fatiga se halla la verdad y cuán difícilmente se evitan los errores. Sean crueles con vosotros quienes ignoran cuán raro y arduo es superar las imaginaciones de la carne con la serenidad de una mente piadosa. (...) Finalmente, sean crueles con vosotros quienes nunca se vieron engañados en error tal cual es ese en que os ven a vosotros. (...) yo en ningún modo puedo ser cruel con vosotros a quienes ahora debo soportar como en otro tiempo a mí mismo, y debo usar con vosotros de la misma paciencia que usaron conmigo mis cercanos cuando erraba, lleno de rabia y ceguera en vuestras doctrinas<sup>14</sup>.

Una segunda característica ética del investigador sería su humildad. Quien se ha puesto en el camino de la investigación debe ser capaz de reconocer aquello que ha llegado a saber y conocer del campo de su propia

12. ep. 143, 2

13. ep. 59, 2. “Envío esta carta sellada con mi anillo; lleva la cara de un hombre que mira a un lado”.

14. c. ep. Fund. 2.3.

investigación, pero también debe ser consciente de lo mucho que le queda por progresar y por aprender en el camino, pues como decía Séneca<sup>15</sup> repitiendo una frase original de Hipócrates, el padre de la medicina: “Ars longa, vita brevis”.

De este modo san Agustín reconocerá con humildad lo que él sabe, y en la investigación, concretamente del misterio de la Santísima Trinidad, también confesará con verdad lo que ignora, y lo que está dispuesto a aprender de otros que hayan hecho investigaciones más profundas o acertadas:

El que no esté conforme con mi expresión o no la entienda, vea si es capaz de comprender a otros autores más versados en estas lides, y si es así, cierre mi libro, y, si le parece, arrincónelo y dedique sus afanes y su tiempo a los que entiende<sup>16</sup>.

De este modo quien investiga debe conocer los propios alcances, metas y logros, pero al mismo tiempo sus propios límites, teniendo ante todo la actitud de continuar aprendiendo, y de estar siempre abierto a aprender del ambiente académico que lo rodea, o bien de sus propios compañeros.

En este sentido hay una anécdota agustiniana que es sumamente interesante. Como muchos de ustedes saben, san Agustín permaneció con los maniqueos durante unos nueve años. Al final de estos años, san Agustín había comenzado a tener muchas dudas y preguntas en torno al sistema de pensamiento maniqueo. Quienes eran sus profesores y guías le habían dicho que todas esas dudas se las iba a aclarar un famoso personaje que se llamaba Fausto.

San Agustín estuvo esperando con una gran ansiedad la llegada de Fausto. Cuando finalmente llegó el momento, san Agustín le planteó sus dudas y preguntas, y se dio cuenta de que el gran Fausto no era realmente como se lo habían presentado, pues era un hombre que tenía un

cultura muy limitada, y que lo que más le ayudaban eran sus propias cualidades naturales, más que su preparación intelectual.

Ciertamente el encuentro con Fausto significó para san Agustín el final de su permanencia con los maniqueos. No obstante, a pesar de esta gran desilusión frente a la persona de Fausto, san Agustín tuvo que reconocer un elemento muy positivo en él. Dice de él san Agustín que no era tan ignorante como para que ignorara su propia ignorancia. Así lo narra el Obispo de Hipona dentro del libro quinto de las *Confesiones*:

No era tan ignorante que ignorase su ignorancia, por lo que no quiso meterse disputando en un callejón de donde no pudiese salir o le fuese muy difícil la retirada. Aun por esto me agradó mucho más, por ser la modestia de un alma que se conoce más hermosa que las mismas cosas que deseaba conocer<sup>17</sup>.

El investigador, por tanto, no debe estar tan inflado por la soberbia que llegue a pensar que lo sabe todo en todos los campos y ámbitos del conocimiento. Es preciso que con verdad, es decir con humildad, reconozca lo que sabe, pero que también reconozca lo que ignora, y si lo ignora culpablemente, que se ponga en el camino para remediar dicha laguna. Así lo explicita también san Agustín en una de sus cartas, en donde le señala a la joven Florentina que si ella le hace una pregunta que él no le pueda responder, si se trata de algo que él debiera saber, él buscará la persona adecuada que les pueda resolver a ambos dicha duda:

Si sé lo que preguntas, no me negaré a decirlo. Si no lo sé, y esa ignorancia no trae detrimento a la fe y a la salvación, te daré razón de ello, y te dejaré tranquila, si puedo. Y si no lo sé, y hay que saberlo, o bien rezaré al Señor para no defraudarte, pues muchas veces el oficio de dar es mérito para recibir, o bien te contestaré de modo que sepas a quién debemos llamar sobre ese punto que los dos ignoramos<sup>18</sup>.

15. Séneca, *De brevitate vitae*, 1.

16. *trin.* 1, 3, 5.

17. *conf.* 5, 12.

18. *ep.* 266, 1.

Por otro lado, san Agustín, aunque eran muchos sus conocimientos, particularmente en su investigación en el terreno bíblico, reconocerá lo que no sabe, y recurrirá y preguntará a las personas que él creía que sabían más que él. En este sentido san Agustín no tiene cortapisas en recurrir por ejemplo a san Jerónimo, a quien san Agustín reconoce un mejor dominio en el campo de las Escrituras que el suyo, o bien a los judíos.

Algunos autores han tachado a san Agustín de haber sido un antisemita, sin darse cuenta de que esto no está en concordancia con la verdad. En la cuestión que nos atañe, es preciso señalar que san Agustín no sentía pudor de preguntar a los judíos de la comunidad de Hipona, a quienes él reconocía que sabían y comprendían mejor el texto hebreo que su propia persona.

Así lo podemos ver en una de las últimas obras que san Agustín escribe siendo presbítero, hacia el año 393, una obra llamada *De sermone Domini in Monte*. En este comentario al sermón de la Montaña, al llegar a la parte en donde Cristo dice: “Pero yo os digo: todo el que se deja llevar de la cólera contra su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano ‘raca’, tendrá que comparecer ante el Sanedrín y si lo llama ‘necio’, merece la condena de la gehena del fuego” (Mt 5, 22). San Agustín en su comentario nos dice que al no saber lo que significaba la palabra *raca*, se lo preguntó a un judío de la comunidad de Hipona. Este le dijo que la palabra *raca* no significaba nada en hebreo, y que era solo una onomatopeya del enfado y del desprecio que se puede sentir hacia otra persona. San Agustín lo refiere con estas palabras el fruto de su investigación con este judío de Hipona:

Lo más probable es la versión que he tomado de un hebreo cuando le he preguntado a este propósito. Me dice que es un sonido que no significa nada, sino que manifiesta un movimiento súbito del ánimo indignado<sup>19</sup>.

19. *s. dom. m 1, 23.*

Lo que san Agustín no sabía, y que tampoco sabía el judío de Hipona preguntado por san Agustín, es que la palabra *raca* no es una palabra hebrea, sino aramea, y no es solo una onomatopeya para mostrar la ira o el enfado, sino que en arameo significa “cabeza hueca” o “tonto de capirote”.

Ciertamente san Agustín muestra en esta investigación su humildad al acercarse a otra persona y preguntar lo que no sabía, aunque en este caso el error de san Agustín estuvo en haber elegido para preguntar a una persona no adecuada. Lo mismo le puede suceder al investigador al seguir pistas falsas o equívocas en fuentes posiblemente poco autorizadas, o encontradas con prisa en las fuentes comunes de conocimiento, en donde por desgracia en muchas ocasiones circulan verdades a medias, o abiertamente mentiras y falsedades que es preciso contrastar con fuentes sólidas y fiables.

Una tercera característica ética del investigador es su capacidad de diálogo y de comunicación con los otros investigadores. En muchas ocasiones en el campo propio de investigación, se puede llegar a percibir a los otros como competidores, rivales, cuando no como enemigos. San Agustín es un vivo ejemplo del diálogo con quienes realizaban la misma labor de investigación que él hacía, siendo ante todo muy respetuoso con ellos, pero manifestando también con claridad y caridad su desacuerdo.

Para ello quisiera poner como ejemplo, una vez más, la relación entre san Agustín y el dalmata san Jerónimo. A pesar de que san Agustín, como ya lo he mencionado, reconoce la autoridad de san Jerónimo en el campo de las Sagradas Escrituras, hay elementos en los que san Agustín manifiesta respetuosamente su desacuerdo con él. Uno de los desacuerdos más famosos entre san Agustín y san Jerónimo radica en la interpretación del texto de Gal 2, 11-14, en donde se nos narra que san Pablo

cuando llegó a Antioquía le reprochó a san Pedro su actitud de simulación, pues cuando no había judíos presentes, comía cosas prohibidas para los judíos, y cuando los judíos estaban presentes, comía solo comidas aprobadas por la ley hebrea.

San Pablo pues, le echa en cara a san Pedro su hipocresía, su simulación, y lo llama a la conversión. La explicación que san Jerónimo da a este pasaje es que se había tratado no de un reproche real, sino que ambos se habían puesto de acuerdo para “fingir” una discusión, y de ella poder sacar como fruto una enseñanza para los creyentes, invitándolos a la autenticidad y a evitar la simulación.

San Agustín, por su parte, junto con todos los especialistas actuales, le hace ver a san Jerónimo el error en su interpretación, apuntando a que el texto nos refiere verdaderamente una discusión y un reproche hecho al primer Papa por parte de san Pablo y una verdadera invitación a la conversión<sup>20</sup>.

Aunque no conocemos la respuesta de san Jerónimo a las objeciones agustinianas en este tema, sí podemos saber que el tono cordial de san Agustín en el diálogo y la búsqueda de la verdad, llevan a que san Jerónimo en su última carta dirigida a san Agustín<sup>21</sup>, le manifieste unas vivas expresiones de afecto, reconociendo en él, no un competidor, sino un compañero en el camino de la investigación de la verdad.

San Agustín fue pues, un hombre amante del diálogo, un diálogo intelectual en un doble sentido, un diálogo abierto y respetuoso con los vivos, procurando confrontar sus ideas con aquellos que le escribían o cuyas ideas él conocía. Por otro lado, esta actitud de diálogo agustiniano se da con aquellos a los que no trata personalmente pero cuyos escritos conoce y con los que dialoga a través de sus libros. En este sentido, la biblioteca agustiniana sería

un excelente testigo de la inquietud intelectual, y del diálogo que san Agustín tenía, no solo con muchos autores contemporáneos suyos, sino también con los autores tanto de la tradición latina, como de la tradición griega, e incluso de la tradición siria, como el mismo san Agustín nos lo hace ver en el libro XV del *De civitate Dei*<sup>22</sup>.

Una cuarta característica de responsabilidad ética del investigador según san Agustín sería su capacidad de comunicar y compartir lo que va descubriendo en su propia investigación. San Agustín es consciente de que quien busca la verdad tiene una responsabilidad social. No se investiga por un prurito diletante, donde se alimente la vanidad, sino que la meta de la investigación es el poder comunicar y compartir los resultados, no solo con la propia comunidad académica, sino en lo posible con toda la sociedad, buscando medios de difusión y de manifestación de los resultados alcanzados.

San Agustín en esto fue un excelente ejemplo, pues los resultados de sus investigaciones trinitarias, cristológicas o bíblicas los compartía con la gente sencilla de su pueblo en sus homilías y predicaciones. Ciertamente el estilo de sus homilías dista mucho del estilo retórico y más cuidado de sus obras teológicas, como puede ser el *De Trinitate*. No obstante, el deseo profundo de san Agustín como investigador, es poner en las manos del pueblo los resultados de su propia búsqueda, como una responsabilidad ética social, pues bien sabía san Agustín que entre más compartiera lo que había descubierto, más podría seguir descubriendo.

Además era consciente san Agustín que quien ha recibido un don determinado debe ponerlo al servicio de los demás, para poder rendir después buenas cuentas a Dios. San Agustín señala que no solo es impío sino que además es cruel quien vive solo para sí mismo, quien no es de provecho para nadie:

20. Cf. *ep.* 82, 2.

21. Cf. *ep.* 195 inter agustinianas.

Me retiraré –dice alguien– con algunos buenos; con ellos me irá bien. Es impío y cruel no servir de provecho a nadie. No me enseñó esto mi Señor. Pues no condenó al siervo que negoció con el talento recibido, sino al que no negoció con él. Que se conozca la supuesta pena del negociante por el castigo del perezoso. Siervo malvado y perezoso, dice el Señor condenándolo. No le dice: “Malversaste mi dinero”; no le dice: “No me has devuelto lo que te di”, sino que le dice: “No aumentaste mi caudal; te castigaré porque no lo has negociado”<sup>23</sup>.

San Agustín nos invitaría a pensar que la labor de la investigación y de la búsqueda de la verdad no es un trabajo que pueda separarse del entorno en el que vivimos. Quien investiga lo hace no solo para sí, sino también para mejorar el entorno en el que vive, y busca, a fin de cuentas, hacer que la vida de todos los seres humano sea mejor.

Sin duda ninguna hoy vivimos, como lo hemos escuchado en muchas ocasiones, no solo en una época de cambios, sino en un cambio de época. Y por ello precisamente nuestro tiempo se parece mucho al tiempo de san Agustín. Él vivió en el final del Imperio romano de occidente, de cuya fragmentación nacerían las diversas naciones de Europa y se daría paso a la Edad Media, como un nuevo mundo nacido de las cenizas del antiguo Imperio romano. Ante la situación de la catástrofe y de las desgracias que se iban sucediendo en su época, san Agustín invitaba a todos los que se empeñan en buscar la verdad por medio de la investigación, a saber contribuir a la edificación de la nueva época a la que se encaminaba el mundo entero. San Agustín lo pudo percibir y nos lo ha dejado por una parte escrito en su magna obra *De civitate Dei*, donde no solo hace una lectura de la historia de su propio momento, para dar aliento a sus contemporáneos, abriendo la puerta de la esperanza, hablando particularmente de que todos somos peregrinos en este mundo y que nos dirigimos hacia la vida

eterna, a donde no se puede llegar sin haber cumplido primero la propia misión en esta tierra, en la ciudad de este mundo.

No obstante la labor investigadora de san Agustín no solo se quedó en compartir sus propias ideas con los que le rodeaban, sino en manifestar en obras concretas su deseo de que el mundo en el que él vivía fuera mejor, o por lo menos fuera más humano. Los proyectos de investigación deberían estar encaminados a asumir una responsabilidad ética dentro de nuestra sociedad, para ayudar a los seres humanos a serlo más auténticamente, y a humanizar las realidades de nuestro mundo, de tal forma que desde la búsqueda de la verdad en los diferentes campos del saber, se pueda contribuir a que el mundo en el que vivimos se pueda volver más humano, más ordenado, a que sea un mundo mejor en donde todas las personas puedan convivir en paz.

San Agustín nos recuerda que es responsabilidad de todos los que buscamos la verdad, contribuir a la paz, que no es otra cosa, como el mismo san Agustín nos recuerda en el *De civitate Dei* que la “tranquilidad en el orden”. Solo se podrá dar la tranquilidad y la serenidad cuando desde la investigación podamos ayudar a los seres humanos a ordenar su vida, según el orden del amor al que nos invita san Agustín.

Así pues, la responsabilidad ética del investigador radica también en su contribución al bien común. Quisiera terminar con una anécdota agustiniana. Como he señalado, san Agustín vivió en un momento de una gran crisis social, política y económica, como parte del final y del desmoronamiento del imperio romano. De este modo la gente le decía a san Agustín que los tiempos que estaban viviendo eran muy malos, eran tiempos de decadencia. El consejo que san Agustín les da a estas personas es el siguiente: Nosotros somos los tiempos; si queremos que el mundo sea mejor, seamos nosotros mejores, realicemos de una mejor manera nuestro trabajo y nuestra investigación.

22. Cf. *civ.* 15, 13, 3  
 23. *en. Ps.* 99, 10.  
 24. Cf. *civ.* 15, 22.  
 25. *s.* 80, 8.

Por eso dice san Agustín, nosotros somos los tiempos<sup>25</sup>; si queremos que los tiempos sean buenos, seamos buenos y hagamos bien nuestro trabajo y las cosas serán mejores.

Como decía al principio de esta intervención, la verdad es como el dios Proteo, cambia de apariencias y solo quien es capaz de realizar la dura labor de la investigación, con paciencia y soportando todas las dificultades podrá llegar a conocer realmente la verdad.

Les deseo que esto sea una realidad en todos ustedes, y en todos sus proyectos de investigación. Que el trabajo y la labor de todos ustedes sea fecunda y creativa, para que puedan enriquecer a Colombia y al mundo con los resultados de su investigación.